

to de los principios de orden moral que la Jerarquía interpreta y enseña, y asumiendo en nombre propio la responsabilidad de las decisiones que adopten y de las actuaciones a las que preceden. Esa libertad y responsabilidad en lo temporal comporta que, junto a la unidad en la fe, se dé un amplio y legítimo pluralismo entre los laicos respecto a sus libres actuaciones personales en materias de tipo profesional, social, político, etc., ya que la doctrina católica no crea dogmas en materias opinables.

Estamos ante una enseñanza constantemente pregonada en la vida y en el ministerio de san Josemaría: la obediencia del cristiano a Dios y a la autoridad de la Iglesia no está reñida con la libertad y la responsabilidad personal en el orden temporal; es más, la realización de los planes divinos en ese orden –a la que los laicos están convocados por llamada divina– pasa por una obediencia sobrenatural y, a la vez libre e inteligente, reflexiva, madura, responsable. La ilustra así: “Un hombre sabedor de que el mundo –y no sólo el templo– es el lugar de su encuentro con Cristo, ama ese mundo, procura adquirir una buena preparación intelectual y profesional, va formando –con plena libertad– sus propios criterios sobre los problemas del medio en que se desenvuelve; y toma, en consecuencia, sus propias decisiones que, por ser decisiones de un cristiano, proceden además de una reflexión personal, que intenta humildemente captar la Voluntad de Dios en esos detalles pequeños y grandes de la vida. Pero a ese cristiano jamás se le ocurre creer o decir que él baja del templo al mundo para representar a la Iglesia, y que sus soluciones son las *soluciones católicas* a aquellos problemas” (CONV, 116-117). En toda su actuación temporal, el cristiano actúa con libertad personal y, por tanto, con responsabilidad también personal.

Voces relacionadas: Deberes de estado; Familia, Santificación de la; Fe; Identificación con Cristo;

Libertad en las cuestiones temporales; Moral cristiana; Secularidad; Sociedad; Vida ordinaria, Santificación de la.

Bibliografía: AD, 24-38; C, 614-629; CONV, 113-123; ECP, 14-21, 41-53; IJC, pp. 13-19; S, 372-415; AIG, pp. 99-124; Javier ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá. Entrevista con Salvador Bernal*, Madrid, Rialp, 2000, pp. 119, 164, 233, 328-331; Ernst BURKHART - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, II, Madrid, Rialp, 2010, pp. 434-439; Ignacio de CELAYA URRUTIA, “Obediencia”, en GER, XVII, pp. 154-157; Tullo GOFFI, “Obbedienza”, en Ermanno ANCILLI (dir.), *Dizionario Enciclopedico di Spiritualità*, Roma, Città Nuova, 1990, pp. 1739-1743; Michel LABOURDETTE, “La vertu d’obéissance selon St. Thomas”, en *Revue thomiste*, 57 (1957), pp. 626- 6567; Álvaro DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1993; Jean-Marie R. TILLARD, “Obéissance”, en DSp, XI, 1982, cols. 535-563.

María Pilar RÍO

ORACIÓN

1. Características generales de la oración de los hijos de Dios.
2. La oración mental.
3. De la oración mental y las oraciones vocales a la vida de oración.

Orar es entrar en relación personal consciente con Dios y orientar toda la vida a Él y a su gloria, poniendo en acto las virtudes teologales. La oración se desarrolla en múltiples formas, distinguidas en oración vocal, mental y contemplativa, para llegar al fin a que toda la vida sea una oración (cfr. F, 441).

San Josemaría afirmaba: “Nunca me cansaré de hablar de oración” (AD, 244). De hecho la oración está presente en toda su predicación. Entre los textos donde trata del tema *ex professo* y con más extensión destacan el capítulo “Oración” de *Camino* (81-117) y las homilías *Vida de oración* y *Hacia la santidad* (cfr. AD, 238-255, 294-316): la oración, en la enseñanza del

fundador del Opus Dei, se inscribe fuertemente en el horizonte de la llamada universal a la santidad.

La oración cristiana se fundamenta –y así se recalca en la enseñanza de san Josemaría– en la condición bautismal de hijo de Dios en Cristo, actualizada por la acción del Espíritu, que viene en ayuda con su gracia (cfr. AD, 244, que cita Rm 8, 26). De esa condición de hijo nace la necesidad de la oración, su constancia e incluso su naturaleza. Jesucristo mismo enseñó a entretenerse con Dios “como un hijo charla con su padre” (AD, 145; cfr. Lc 11, 1-2). Hay “infinitas maneras de orar”, recuerda san Josemaría, a la vez que desea para todos “la auténtica oración de los hijos de Dios” (AD, 243), es decir, la que lleva a amar a Dios como padre y a poner en práctica su voluntad.

Con este rasgo esencial, destacan en el pensamiento de san Josemaría sobre la oración algunas características que, en última instancia, la relacionan con el amor, como veremos en primer lugar (apartado 1). Luego trataremos de la oración mental (2) para mostrar cómo, con las oraciones vocales, lleva a la vida de oración (3). Unas palabras de san Josemaría resumen este itinerario: “Gracias a esos ratos de meditación, a las oraciones vocales, a las jaculatorias, sabremos convertir nuestra jornada, con naturalidad y sin espectáculo, en una alabanza continua a Dios. Nos mantendremos en su presencia, como los enamorados dirigen continuamente su pensamiento a la persona que aman, y todas nuestras acciones –aun las más pequeñas– se llenarán de eficacia espiritual” (ECP, 119). Se podría decir, en suma, que san Josemaría concibe la oración como una continua presencia de amor.

1. Características generales de la oración de los hijos de Dios

La oración de los hijos se caracteriza por la *parrhesía* (cfr. Ef 3, 12). El término griego, que designa la libertad de palabra

que, por oposición al esclavo, tenía el ciudadano libre en la asamblea del pueblo griego, señala en san Pablo la confianza filial con la cual el cristiano se acerca a Dios. Éste es el tono esencial de la oración de los hijos de Dios, libres por el Bautismo (cfr. CONV, 22), en san Josemaría. Una oración que es familiaridad, amistad llena de sinceridad y de sencillez, con “santa desvergüenza” (C, 389; cfr. C, 893). Como dice la liturgia romana, “*audemus dicere*”, nos atrevemos a decir “*Pater*”, saboreando esta palabra (cfr. ECP, 64, 102; Rm 8, 15), para llegar al cumplimiento de la voluntad divina. Esta oración es presencia amorosa y constante, trato íntimo y trinitario, siempre en la familia de los hijos de Dios que es la Iglesia, para llegar a una cierta contemplación y divinización.

a) La oración, presencia constante de amor

La presencia de Dios en el alma, por su gracia se hace viva con el desarrollo de las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad: especialmente por el amor. “A los que amamos van constantemente las palabras, los deseos, los pensamientos: hay como un continua presencia. Pues así con Dios” (AD, 247). Esta realidad viene de Dios, que nos ha amado primero y que no sólo se da a conocer, sino que comunica su vida. Se puede “tratar personal y directamente a Dios” (ECP, 118) e identificar nuestra voluntad con la suya, de modo que se realiza lo que Cristo ha manifestado: “si cumplís mis preceptos, permaneceréis en mi amor, como yo he cumplido los mandatos de mi Padre y permanezco en su amor” (Jn 15, 10).

El concepto de *presencia de Dios* es primordial en san Josemaría. Toda su predicación invita a vivir según el ejemplo constante de Jesús, según esa “disposición habitual de Cristo, que acude al Padre” en todo momento (AD, 239; cfr. AD, 240). “Nuestro Señor nos hace ver –con su ejemplo– que ése es el comportamiento certero: oración constante, de la mañana a

la noche y de la noche a la mañana. Cuando todo sale con facilidad: ¡gracias, Dios mío! Cuando llega un momento difícil: ¡Señor, no me abandones! Y ese Dios, *manso y humilde de corazón* (Mt 11, 29), no olvidará nuestros ruegos, ni permanecerá indiferente, porque Él ha afirmado: *pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá* (Lc 11, 9)” (AD, 247). La oración es el “único camino” para el cristiano (AD, 238): permanecer en el amor del Padre.

Esa presencia debe aspirar a ser *continua*, “como el latir del corazón” (AD, 247), porque, según el mensaje de san Josemaría, con la luz de la enseñanza de Cristo (cfr. Lc 18, 1; 21, 36) y en conformidad con la doctrina paulina (cfr. Rm 12, 12; 1 Ts 5, 17; Ef 6, 18; Col 4, 2) “toda la jornada puede ser tiempo de oración” (ECP, 119), “*tota die*, en cada instante” (AD, 248), “también el sueño debe ser oración” (ECP, 119). Encontramos afirmaciones similares en san Jerónimo y en san Agustín, aunque san Josemaría experimentó esta realidad sobre el sueño antes de conocerlas. “Dios no nos abandona nunca” (AD, 247), está siempre pendiente de nosotros y en consecuencia orar impulsa a permanecer “pendiente de Dios” (AD, 241). Por esto se puede hablar de “vida de oración” (cfr. AD, 38, 92, etc.), que “ha de fundamentarse además en algunos ratos diarios, dedicados exclusivamente al trato con Dios” (ECP, 119), pero que no se limita a ellos, sino que se extiende a toda la jornada.

Y es una presencia de *amor*, pues Dios nos ama y le amamos: “imitando a Cristo, alcanzamos la maravillosa posibilidad de participar en esa corriente de amor, que es el misterio del Dios Uno y Trino” (AD, 252). “Siempre he entendido la oración del cristiano como una conversación amorosa con Jesús, que no debe interrumpirse ni aun en los momentos en los que físicamente estamos alejados del Sagrario, porque toda nuestra vida está hecha de coplas de amor humano a lo divino..., y amar podemos siempre” (F, 435). La oración nace como

una respuesta a la palabra de Dios que el Verbo encarnado nos ha traído y nos trae con su presencia en la Eucaristía, como manifiesta el paralelismo en la enumeración que encontramos en *Camino*: “¡Pan y Palabra!: Hostia y oración” (C, 87), texto que es la síntesis de otro –“tratar a Dios en la Palabra y en el Pan”–, que se remonta a 1937 (citado en CECH, p. 299, comentario del punto 87).

b) La oración, trato con Dios

En los escritos de san Josemaría se encuentran diversas expresiones que presentan la oración como diálogo o trato con Dios. Citemos algunas:

- es un “coloquio con Dios” (AD, 249), “hablar con Dios” (AD, 251); “tratarse” (C, 91);
- es, siguiendo el ejemplo de María, “elevar siempre la mirada al amor divino” (AD, 241) y, como Ella, meditar “largamente las palabras de las mujeres y de los hombres santos del Antiguo Testamento, que esperaban al Salvador, y los sucesos de que han sido protagonistas” (AD, 241);
- consiste en una “conversación íntima con Dios: para tratarle, para invocarle, para alabarle, para romper en acciones de gracias, para escucharle o, sencillamente, para estar con Él” (AD, 239); en suma, como puede verse, encontramos en la oración los fines de la Misa (alabanza, petición, acción de gracias, etc.);
- es un “auténtico diálogo de amor” (AD, 247) donde el cristiano, que ama a Dios, le habla de todo lo que le afecta: “[le] abriremos nuestra conciencia a una conversación humilde, para referirle confiadamente todo lo que palpita en nuestra cabeza y en nuestro corazón: alegrías, tristezas, esperanzas, sinsabores, éxitos, fracasos, y hasta los detalles más pequeños de nuestra jornada” (AD, 245); “el tema de mi oración es el tema de mi vida” (ECP, 174;

vid. el ejemplo de la oración de Jesús en la Transfiguración y en Getsemaní): “alegrías, tristezas, éxitos y fracasos, ambiciones nobles, preocupaciones diarias..., ¡flaquezas!: y hacimientos de gracias y peticiones: y Amor y desagravio. En dos palabras: conocerle y conocerse” (C, 91);

- es, finalmente, “vivir cada instante con vibración de eternidad” (AD, 239).

Ciertamente, cuando dos personas se aman, el diálogo puede consistir en el estar juntos, sabiéndose mirado y mirando a su vez. “La oración –recuérdalo– no consiste en hacer discursos bonitos, frases grandilocuentes o que consuelen... Oración es a veces una mirada a una imagen del Señor o de su Madre; otras, una petición, con palabras; otras, el ofrecimiento de las buenas obras, de los resultados de la fidelidad... Como el soldado que está de guardia, así hemos de estar nosotros a la puerta de Dios Nuestro Señor: y eso es oración. O como se echa el perrillo, a los pies de su amo –No te importe decirselo: Señor, aquí me tienes como un perro fiel; o mejor, como un borriquito, que no dará coces a quien le quiere” (F, 73).

c) *Carácter trinitario de la oración*

San Josemaría pone de manifiesto que la intimidad con Dios está, gracias a la oración, destinada a crecer, de modo que llega un momento en que el alma necesita tratar a cada una de las Personas divinas (cfr. ECP, 86; AD, 306; F, 296): aprende particularmente a hacerlo en la Misa (cfr. ECP, 91), y en la oración, en la que el Espíritu Santo guía en la contemplación de la vida de Jesucristo y lleva al amor del Verbo encarnado, para alabar en Cristo a Dios como nuestro Padre, con la gracia del Espíritu de amor. Su invitación a acudir al Espíritu Santo desvela la alta experiencia personal de su propia oración, como se refleja en un punto autobiográfico de *Forja*: “No te limites a hablar al Paráclito, ¡oyele! En tu oración, considera que la vida de infan-

cia, al hacerte descubrir con hondura que eres hijo de Dios, te llenó de amor filial al Padre; piensa que, antes, has ido por María a Jesús, a quien adoras como amigo, como hermano, como amante suyo que eres... Después, al recibir este consejo, has comprendido que, hasta ahora, sabías que el Espíritu Santo habitaba en tu alma, para santificarla..., pero no habías «comprendido» esa verdad de su presencia. Ha sido precisa esa sugerencia: ahora sientes el Amor dentro de ti; y quieres tratarle, ser su amigo, su confidente..., facilitarle el trabajo de pulir, de arrancar, de encender... ¡No sabré hacerlo!, pensabas. –Óyete, te insisto. Él te dará fuerzas, Él lo hará todo, si tú quieres..., ¡que sí quieres! –Rézale: Divino Huésped, Maestro, Luz, Guía, Amor: que sepa agasajarte, y escuchar tus lecciones, y encenderme, y seguirte y amarte” (F, 430).

Así, desde el trato confiado con María Santísima y la conciencia de la filiación divina en Cristo, que presupone la acción del “Espíritu de adopción de hijos, en virtud del cual clamamos: Abba, ¡Padre!” (Rm 8, 15, citado en ECP, 118), se crece en unión con Dios hasta alcanzar una verdadera intimidad con el Espíritu Santo, pues es Él quien “alumbra la llama y la vuelve capaz de provocar incendios de amor” (AD, 244). Se da, en cierto sentido, un movimiento circular ascendente, del Espíritu al Espíritu, “de paloma a paloma”, como decía Gregorio de Nisa.

El Espíritu Santo mueve la inteligencia, la voluntad y los afectos. En el texto de *Amigos de Dios* recién citado, san Josemaría escribe que, antes de llegar a esa llama que “provoca incendios de amor”, ha estado presente “toda esa asistencia amorosa –luz, fuego, viento impetuoso– del Espíritu Santo” (AD, 244). Su luz ilumina la inteligencia, su fuego inflama la voluntad y su viento impetuoso fortalece los afectos. Una oración compuesta por san Josemaría en 1934 invita a esta lectura: “–¡Ven, oh Santo Espíritu!: ilumina mi entendimiento,

para conocer tus mandatos: fortalece mi corazón contra las insidias del enemigo: inflama mi voluntad... He oído tu voz, y no quiero endurecerme y resistir, diciendo: después.... mañana. *Nunc cœpi!* ¡Ahora!, no vaya a ser que el mañana me falte. ¡Oh, Espíritu de verdad y de sabiduría, Espíritu de entendimiento y de consejo, Espíritu de gozo y de paz!: quiero lo que quieras, quiero porque quieres, quiero como quieras, quiero cuando quieras....” (citado en DEL PORTILLO, 1995, p. 167; cfr. Sal 77 [Vg 76], 11).

La oración de agradecimiento a Dios, “agradecer su piedad paterna y concreta con nosotros” (ECP, 8), es la más elevada. La paternidad amorosa de Dios está también en la raíz de las invitaciones de san Josemaría a hablar en la oración de cualquier cosa que nos importe: “todo lo nuestro interesa a nuestro Padre celestial” (AD, 245). “El Señor, al querernos como hijos, ha hecho que vivamos en su casa, en medio de este mundo, que seamos de su familia, que lo suyo sea nuestro y lo nuestro suyo, que tengamos esa familiaridad y confianza con Él que nos hace pedir, como el niño pequeño, ¡la luna!” (ECP, 64). Así, una manifestación posible, aunque no necesaria, de la filiación divina es la oración de infancia, a la cual puede conducir el rezo del Rosario (cfr. SRECH, p. 91).

d) *La oración cristiana, oración en la Iglesia*

San Josemaría fija con frecuencia su atención en los primeros discípulos, en la Iglesia naciente; también por lo que se refiere a la oración (cfr. AD, 242; cfr. Hch 1, 14; 2, 42; 12, 5). El católico aprende la oración en “la Iglesia”, en esta Iglesia “que permanece aquí y, al mismo tiempo, trasciende la historia”, y que nos transmite un modo de rezar que implica “el sentido de la fraternidad, la comunión con todos los hermanos que ya desaparecieron y que se purifican en el Purgatorio –Iglesia purgante–, o con los que gozan ya –Iglesia triunfante– de la visión beatífica, amando eternamente al Dios tres veces Santo” (AIG, pp. 42-43).

La oración cristiana es la de los hijos de Dios en la Iglesia. Una Iglesia que es familia, pues Cristo “nos convierte en familia, en Iglesia” (CONV, 123), donde se vive “la identidad de unos con otros, y de todos con Cristo” (F, 630). Sabiendo que Dios está en todo lugar, incluyendo la existencia ordinaria y la vida en el hogar: “también en medio del hogar, porque, como ha dicho el Señor, *donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos* (Mt 18, 20)” (CONV, 103).

El cristiano reza “por la Iglesia, por las almas” (S, 461): “Tener espíritu católico implica que ha de pesar sobre nuestros hombros la preocupación por toda la Iglesia, no sólo de esta parcela concreta o de aquella otra; y exige que nuestra oración se extienda de norte a sur, de este a oeste, con generosa petición” (F, 583). Reza para “que el Espíritu Santo asista a su Pueblo, y especialmente a la Jerarquía” (CONV, 21). La Comunión de los santos es esencialmente oración y penitencia unos por otros (cfr. C, 544-550). Se hace presente con ímpetu en la Misa: “Por Él, con Él, en Él, para Él y para las almas vivo yo. De su Amor y para su Amor vivo yo, a pesar de mis miserias personales. Y a pesar de esas miserias, quizá por ellas, es mi Amor un amor que cada día se renueva” (citado en ECHEVARRÍA, 2001, p. 243). Juan Pablo II afirmó en su homilía para la canonización del 6 de octubre de 2002 que “san Josemaría fue un maestro en la práctica de la oración, que consideraba un extraordinaria «arma» para redimir el mundo. Aconsejaba siempre: «Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en ‘tercer lugar’, acción» (C, 82)”.

Hablando a cristianos, hombres y mujeres de las más variadas condiciones, Josemaría Escrivá de Balaguer les recordaba la vocación al apostolado: dar a conocer a Cristo es una llamada bautismal y se realiza como superabundancia de la vida de oración (cfr. C, 961), para que los demás también sean “almas de oración” (ECP, 8). La oración es “el fundamento de toda labor

sobrenatural” (AD, 238). Aconsejaba el libro de Jean Chautard, *L'âme de tout apostolat* (1910), cuyo primer título, *La prière, base de l'apostolat* (Sept Fons, 1909), es elocuente. Y, dirigiéndose a sacerdotes, les indicaba que, cuando predicaban, debían, al mismo tiempo que hablan, hacer su oración, de manera que su predicación sea sincera; su meditación –añadía– se debe nutrir especialmente de la Liturgia de las Horas, oración oficial de la Iglesia y, por eso, parte importante de la misión que les ha sido encomendada.

e) *Meditación, amor, contemplación*

Los ratos de oración incluirán espacios de meditación, es decir, de consideración devota y detenida de la vida del Señor, de pasajes de la Escritura, así como de verdades de la fe cristiana y de textos de autores espirituales. En esa meditación podrá predominar la acción de la inteligencia que examina y pondera, aunque estará siempre presente el corazón con un diálogo amoroso y afectivo con Dios Padre, con Cristo, con Santa María: “Dios mío, te amo, pero... ¿enséñame a amar!” (C, 423); “Pierde el miedo a llamar al Señor por su nombre –Jesús– y a decirle que le quieres” (C, 303); “¡Oh Madre, Madre!: con esa palabra tuya –«fiat»– nos has hecho hermanos de Dios y herederos de su gloria. –¡Bendita seas!” (C, 512). De ese amor nacerán peticiones de perdón o de ayuda, actos de desagravio, acciones de gracias, propósitos. Y, cuando Dios quiera y como Él quiera, podrá ocurrir que el alma advierta que “se va hacia Dios, como el hierro atraído por la fuerza del imán” (AD, 296); es la oración contemplativa, de la que mana “un endiosamiento que, al acercarte a tu Padre, te hará más hermano de tus hermanos los hombres” (C, 283).

2. La oración mental

Al describir las formas o manifestaciones de la oración es frecuente hacer un esquema que podría calificarse de creciente

o genérico, comenzando con las oraciones vocales, para pasar luego a la meditación y llegar finalmente a la contemplación. Así lo hace el *Catecismo de la Iglesia Católica* (nn. 2700-2719), y también, en algún momento, san Josemaría (cfr. AD, 296). Preferimos centrar aquí la mirada en la oración mental, entendiendo por tal los ratos que se dedican, cada día, a estar a solas con Dios. San Josemaría lo recomendó desde el principio: “Me has escrito, y te entiendo: “Hago todos los días mi «ratito» de oración: ¡si no fuera por eso!”” (C, 106). “Que no falten en nuestra jornada unos momentos dedicados especialmente a frecuentar a Dios, elevando hacia Él nuestro pensamiento, sin que las palabras tengan necesidad de asomarse a los labios, porque cantan en el corazón. Dedicuemos a esta norma de piedad un tiempo suficiente; a hora fija, si es posible. Al lado del Sagrario, acompañando al que se quedó por Amor. Y si no hubiese más remedio, en cualquier parte, porque nuestro Dios está de modo inefable en nuestra alma en gracia. Te aconsejo, sin embargo, que vayas al oratorio siempre que puedas: y pongo empeño en no llamarlo capilla, para que resalte de modo más claro que no es un sitio para estar, con empaque de oficial ceremonia, sino para levantar la mente en recogimiento e intimidad al cielo, con el convencimiento de que Jesucristo nos ve, nos oye, nos espera y nos preside desde el Tabernáculo, donde está realmente presente escondido en las especies sacramentales” (AD, 249)

a) *Disposiciones interiores, tiempo y lugar*

Se podrían destacar cuatro disposiciones que condicionan toda oración: la autenticidad, la confianza en Dios, la humildad y el espíritu de sacrificio.

- El “afán de cumplir la Voluntad del Padre” (AD, 243) hace auténtica la oración, por oposición a la actitud de los hipócritas (cfr. Mt 7, 21). La oración debe ir unida a la vida y por eso al “deseo eficaz de convertir en realidad

esas mociones interiores, que el Espíritu Santo despierta en nuestra alma” (AD, 243). Esto supone una “disposición clara, habitual y actual, de aversión al pecado” (AD, 243): la oración lleva a la conversión.

- Al disponerse a la oración mental es necesario actualizar la conciencia de la presencia de Dios (cfr. C, 90; AD, 244), “seguros de que Él nos escucha y nos responde” (AD, 245). San Josemaría invita a rezar con confianza: “Dios, que es amoroso espectador de nuestro día entero, preside nuestra íntima plegaria: (...) hemos de confiar con Él como se confía en un hermano, en un amigo, en un padre” (AD, 246; cfr. CONV, 102).
- La humildad es también esencial, pues “«la oración» es la humildad del hombre que reconoce su profunda miseria y la grandeza de Dios, a quien se dirige y adora, de manera que todo lo espera de Él y nada de sí mismo” (S, 259). Lleva a manifestar sencillamente al Señor todo, incluso que no se sabe rezar: “en cuanto comiences a decir: «Señor, ¡que no sé hacer oración!...», está seguro de que has empezado a hacerla” (C, 90; cfr. AD, 244). San Josemaría relaciona este consejo con el pasaje del Evangelio en el que los discípulos le dicen a Jesús: “¡Señor, enséñanos a orar!” (Lc 11, 1), palabras en cuyo trasfondo percibe como un punto de queja: “¡Señor, que no sé dirigirme a Ti!” (AD, 244; cfr. C, 84).
- La mortificación es condición para ser “alma de oración” (C, 172; cfr. S, 446, 467), y a la vez “la oración se avalora en el sacrificio” (C, 81): oración y mortificación –“oración de los sentidos” (ECP, 9)– se reclaman en la predicación de san Josemaría, como “culto cotidiano a Dios” (S, 994).

Al referirse a los ratos de oración, junto a la recomendación de que no falten en ninguna jornada, el fundador del Opus

Dei aconseja la puntualidad, para vencer “la poltronería, el falso criterio de que la oración puede esperar. No retrasemos jamás esta fuente de gracias para mañana” (AD, 246): es bueno rezar “a hora fija, si es posible” (AD, 249). Invita además a elegir bien el lugar donde se va a rezar: cuando sea posible, delante del tabernáculo, donde Jesús está sustancialmente presente, con su Santísima Humanidad (cfr. ECP, 120), y que llama “Betania”, en recuerdo de esa intimidad, de ese trato sencillo con Jesús que tuvieron Marta, María y Lázaro (cfr. ECP, 195). Pero indica también que es importante no desaprovechar las llamadas del Espíritu Santo, ya que “sopla donde quiere” (Jn 3, 8), también “cuando menos era de esperar, en la calle, entre los afanes de cada día, en medio del barullo y alboroto de la ciudad” (C, 110), “leyendo un periódico” (*Apuntes Íntimos*, n. 673, 26-III-1932: CECH, p. 314): “cualquier lugar es apto para ese encuentro con Dios” (S, 461). Hubo, en la vida de san Josemaría, varios episodios donde experimentó esa acción, a veces impetuosa, del Espíritu Santo, por ejemplo bajo forma de *locutio divina*.

b) Recursos para orar

Dios tiene la iniciativa en la oración. Por eso, como acabamos de decir, hay que dejarse llevar del Espíritu Santo, que, en ocasiones, concederá, cuando quiera y como quiera, momentos intensos de oración. Pero es cierto a la vez que la gracia divina cuenta con la cooperación humana, y en ese sentido la oración implica empeño, comenzar y recomenzar (cfr. ECHEVARRÍA, 2006, p. 214; C, 292 ss.), poner medios o recursos en los que pueda apoyarse el trato con Dios.

San Josemaría aconseja acudir, ante todo, a la palabra de Dios que se nos transmite en la liturgia y en la Sagrada Escritura. Y así invita a meditar el Evangelio y “a recitar los salmos, y las oraciones del misal, en lugar de oraciones privadas o particulares” (C, 86). Comentó diversos salmos, entre

ellos el Salmo 2, que animaba a meditar considerando la propia filiación divina. Una lectura cristocéntrica de este salmo da pie a que uno se sienta interpelado como hijo en el Hijo, participando de su Cruz, y llamado a recibir el mundo entero como herencia: a llevar a Dios todas las cosas y a todas las personas. El salmo proclama la filiación divina del Señor Jesús, a la vez que la confianza en Dios, siempre vencedor. Los Hechos atestiguan que los Apóstoles y toda la comunidad cristiana lo rezaron después de la liberación de Pedro y Juan (cfr. Hch 4, 25), mencionando al Espíritu Santo, lo que permite señalar asimismo la oportunidad de una lectura pneumatológica de ese salmo, y de todos los demás, ya que el Espíritu es el que “enseña a la Iglesia y le recuerda lo que Jesús dijo”, y “será también quien la instruya en la vida de oración” (CCE, n. 2623).

Recomendaba también algunos libros expresamente redactados para facilitar la oración (como de hecho lo son *Camino*, *Surco* y *Forja*). Asimismo, las oraciones vocales, además del valor que tienen en cuanto tales, alimentan la “hoguera” de la meditación (cfr. C, 92). San Josemaría lo había experimentado, como lo testimonia, entre otros, una mujer joven que recuerda el consejo que el fundador del Opus Dei le diera en 1934: “Otro día para ayudarme a hacer oración me decía: «Tú te pones a mirar al Sagrario y luego dices despacio el Padrenuestro. Con eso tienes bastante materia. Dices: Padre nuestro, que estás en los Cielos... Piénsalo despacio, machaca y verás cómo Dios te ayuda»” (CECH, p. 296; cfr. C, 84). Como santa Teresa (cfr. *Camino de Perfección*), san Josemaría no hacía más que aconsejar lo que él mismo vivía y siguió viviendo: “Tenía por costumbre, no pocas veces, cuando era joven, no emplear ningún libro para la meditación. Recitaba, paladeando, una a una, las palabras del *Pater Noster*, y me detenía –saboreando– cuando consideraba que Dios era *Pater*, mi Padre, que me debía sentir hermano de Jesucristo y hermano de to-

dos los hombres” (*Carta 8-XII-1949*, n. 41: SRECH, p. 95). ¿Y los momentos de oscuridad? Han de considerarse como una llamada a perseverar, aunque se tenga la impresión de que se está haciendo una comedia, pues el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo “contemplan esa comedia” (AD, 152): no es hipocresía, sino amor.

c) *En el Evangelio como un personaje más*

San Josemaría invita, también con el testimonio de su experiencia, a meditar el Evangelio para llegar a la oración afectiva y a la contemplación: “Después de considerar el Evangelio anotado anteriormente, me dio el Señor tal ímpetu, que anduve por la calle alabándole y en hacimiento de gracias por esos Santos Evangelios” (*Apuntes Íntimos*, año 1932: CECH, p. 297).

¿Cómo meditar el Evangelio? “Yo te aconsejo que, en tu oración, intervengas en los pasajes del Evangelio, como un personaje más. Primero te imaginas la escena o el misterio, que te servirá para recogerte y meditar. Después aplicas el entendimiento, para considerar aquel rasgo de la vida del Maestro: su Corazón enternecido, su humildad, su pureza, su cumplimiento de la Voluntad del Padre. Luego cuéntale lo que a ti en estas cosas te suele suceder, lo que te pasa, lo que te está ocurriendo. Permanece atento, porque quizá Él querrá indicarte algo: y surgirán esas mociones interiores, ese caer en la cuenta, esas reconvenções” (AD, 253). La imaginación, a partir de la lectura, nutre la inteligencia y lleva al diálogo.

Se llega así a una auténtica participación en la vida de Jesús, posible gracias a la contemporaneidad de Cristo resucitado con nosotros: “Camino de infancia. Abandono. Niñez espiritual. Todo esto que Dios me pide y que yo trato de tener no es una bobería, sino una fuerte y sólida vida cristiana. Por ahí voy, cuando, al rezar el rosario o hacer –como ahora en adviento– otras devociones, contemplo los misterios de la vida, pasión y muerte de nuestro Se-

ñor Jesucristo, tomando parte activa en las acciones y sucesos, como testigo y criado y acompañante de Jesús, María y José” (*Apuntes Íntimos*, año 1931: CECH, p. 948, comentando C, 853).

Meditar el Evangelio –especialmente, la humanidad y la pasión de Jesús (cfr. AD, 299)– lleva, además, a confrontar la propia vida con la del Señor y por tanto a imitarle: “lo que allí se narra –obras y dichos de Cristo– no sólo has de saberlo, sino que has de vivirlo. Todo, cada punto relatado, se ha recogido, detalle a detalle, para que lo encarnes en las circunstancias concretas de tu existencia” (F, 754).

¿Qué descubre san Josemaría en la vida del Señor? Digámoslo con unas palabras que pronunció durante una meditación en una fecha significativa, el 2 de octubre de 1971, aniversario de la fundación del Opus Dei, y que ofrecen un panorama sugestivo del Evangelio y de su mensaje: “Belén es el abandono; Nazaret, el trabajo; el apostolado, la vida pública. Hambre y sed. Comprensión, cuando trata a los pecadores. Y en la Cruz, con gesto sacerdotal, extiende sus manos para que quepamos todos en el madero. No es posible amar a la humanidad entera –nosotros queremos a todas las almas, y no rechazamos a nadie– si no es desde la Cruz” (citado en DERVILLE, 2002, p. 52). La meditación del Evangelio invita a seguir a Cristo con un hondo sentido de la filiación divina, que lleva a abandonarse en las manos de Dios; a estar junto a Jesús en el trabajo y, por extensión, en la vida ordinaria; y al apostolado, que nace de la intimidad con Jesús y del deseo de darlo a conocer. Y todo eso, “desde la cruz”, y por lo tanto desde esa actualización sacramental del sacrificio de la Cruz y de ese acercarse a nosotros de Cristo ofreciendo su amor que constituyen el misterio, la realidad, de la Eucaristía.

Este modo de hacer oración desde el Evangelio deja un gran espacio a la libertad. Cada palabra del Señor es susceptible de resonar de un modo u otro, con el soplo

del Espíritu Santo, de modo que al revivir el Evangelio “como un personaje más” se profundiza en el amor que Dios nos ha manifestado y se experimenta el impulso a la entrega a los demás, así como a la lucha ascética y a los propósitos; en suma, a unir oración y vida.

d) *La oración de petición*

San Josemaría practicó y aconsejó la oración de petición. En esto, no hacía más que seguir la enseñanza de Cristo, que tenía bien metida en el alma; de hecho, meditaba con frecuencia textos sobre la oración de petición, que llevaba copiados en su agenda (Mt 21, 22; 18, 19; Mc 11, 24; Lc 11, 10; Jn 12, 23; 15, 7; 16, 24...). Su biografía ofrece numerosos testimonios de su confianza en la petición sencilla y rendida a Dios; limitémonos a una de sus declaraciones: “cuando, sin sensiblerías, pero con verdadera fe he pedido al Señor o a Nuestra Señora alguna cosa espiritual (y aun alguna material) para mí o para otros, me la ha concedido” (*Apuntes íntimos*, n. 160, 10-II-1931: AVP, I, p. 368).

La petición dirigida a Dios puede versar sobre las más variadas necesidades humanas, también materiales, aunque deberán ocupar un lugar especial las espirituales: el bien del prójimo y de la Iglesia, la evangelización, la propia santificación, siempre en un ambiente de plena confianza en Dios. “La fe no es para predicarla sólo, sino especialmente para practicarla. Quizá con frecuencia nos falten las fuerzas. Entonces –y acudimos de nuevo al Santo Evangelio–, comportaos como aquel padre del muchacho lunático. Se interesaba por la salvación de su hijo, esperaba que Cristo lo curaría, pero no acaba de creer en tanta felicidad. Y Jesús, que pide siempre fe, conociendo las perplejidades de aquella alma, le anticipa: *si tú puedes creer, todo es posible para el que cree* (Mc 9, 22). Todo es posible: ¡omnipotentes! Pero con fe” (AD, 204).

e) *Oraciones preparatoria y conclusiva para la oración mental*

A san Josemaría no le gustaba “hablar de métodos ni de fórmulas” (AD, 249) en referencia a la oración. No quería encerrar en moldes fijos lo que debe ser un trato sencillo, espontáneo y confiado. Lo que no quita que diera consejos para la oración. Y que, para iniciar y concluir su oración personal, a la que solía dedicar treinta minutos por la mañana y otros tantos por la tarde, hubiera concretado unas oraciones breves, partiendo de textos tradicionales que modificó ligeramente.

Para iniciar la oración comenzaba con la señal de la cruz. “*Per signum crucis de inimicis nostris libera nos, Deus noster. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen*”, evocando la entrega de Cristo y la realidad de la vida trinitaria, de modo que esas realidades básicas de la vida cristiana dieran, desde el principio, el tono de la oración. Después venían unas palabras que fomentan la fe, la confianza, la autenticidad y la humildad, para acabar con una petición de gracia y acudir a la mediación de María, a la intercesión de san José y a la del ángel custodio: “Señor mío y Dios mío, creo firmemente que estás aquí, que me ves, que me oyes. Te adoro con profunda reverencia. Te pido perdón de mis pecados, y gracia para hacer con fruto este rato de oración. Madre mía Inmaculada, San José, mi Padre y Señor, Ángel de mi guarda, interceded por mí”.

Eran, en su vida, el pórtico de entrada a un diálogo íntimo, de corazón a corazón. No antecedían la oración: eran ya oración, y oración mental, porque eran pronunciadas no sólo con la boca, sino con la cabeza y el corazón. Mons. Javier Echevarría, eminente testigo de la oración de san Josemaría durante veinticinco años, recuerda cómo, al recitar esas palabras, “entraba ya en diálogo intensísimo con el Señor” (Echevarría, 2000, p. 196); un diálogo que nacía de la seguridad de que Dios está pendiente del hombre, le mira y le escucha. Con

esa seguridad “actualizaba cada una de las palabras de esa oración preparatoria” (*ibidem*).

Terminaba la oración con otra breve fórmula, que expresa la seguridad de haber sido escuchado y mueve a la fidelidad: “Te doy gracias, Dios mío, por los buenos propósitos, afectos e inspiraciones que me has comunicado en esta meditación. Te pido ayuda para ponerlos por obra. Madre mía Inmaculada, San José, mi Padre y Señor, Ángel de mi guarda, interceded por mí”. Es el Señor quien suscita, en la oración, propósitos, afectos e inspiraciones, respectivamente en la voluntad, en los sentimientos y en la inteligencia. La memoria y la imaginación han ayudado a rezar. La oración, unida siempre al deseo de cumplir la voluntad de Dios, debería hacer desaparecer las contrariedades (cfr. AD, 249), ayudar a “rectificar”, a “cambiar la ruta” (AD, 249), con una alegría (cfr. C, 663; cfr. St 5, 13) que es fruto de la acción del Espíritu Santo: “El Espíritu Santo, con el don de piedad, nos ayuda a considerarnos con certeza hijos de Dios. Y los hijos de Dios, ¿por qué vamos a estar tristes? (...). La alegría se mete en la vida de oración” (AD, 92). Con todo, en nuestra opinión la oración en san Josemaría privilegia los afectos respecto a la voluntad y a la inteligencia, aunque sea siempre una oración del corazón en el sentido bíblico, es decir, de toda la persona (cfr. ECP, 164).

Se ha pedido gracia para “este rato de oración”, se agradece por “esta meditación”. Se manifiesta una convergencia con la tendencia a identificar la meditación con la oración mental (cfr. ECP, 119): con meditación, se indica también, por ejemplo, la oración afectiva (cfr. CCE, n. 2699, distinguiendo sólo oración, meditación y contemplación). Hemos descrito y comentado brevemente las dos oraciones, preparatoria y conclusiva, para los ratos dedicados al trato con Dios, en referencia a la praxis vivida de san Josemaría. Añadamos que no solamente vivió, sino que trasmis-

tió y enseñó a vivir esta praxis. De hecho constituye uno de los legados que dejó al Opus Dei.

3. De la oración mental y las oraciones vocales a la vida de oración

a) *La oraciones vocales*

Con la expresión “oración vocal” se designa ordinariamente en la literatura espiritual aquella oración que consiste en la recitación, tanto en voz alta como sólo interiormente, de formas oracionales ya compuestas y que el que reza hace propias. Esta tradición viene de la espiritualidad judía, que se expresaba mediante la recitación de salmos, y fue continuada después, desde el primer momento, por la comunidad cristiana, que unió a los salmos oraciones venidas de Cristo o compuestas por las sucesivas generaciones cristianas.

Entre la oración mental y las oraciones vocales hay una relación estrecha. De una parte, por razones genéticas, ya que la oración mental –y concretamente la costumbre de dedicar unos tiempos determinados al trato con Dios– nace y se desarrolla a partir de los momentos de silencio que solían guardarse al recitar los salmos y otras oraciones. De otra, porque en los ratos de oración puede haber, como ya se señalaba en el apartado anterior, momentos, en los que el diálogo con Dios consista precisamente en repetir oraciones vocales (que también son mentales). Además, la unión con el Señor alcanzada en los tiempos dedicados a la oración mental tenderá a expresarse a lo largo de la jornada mediante oraciones breves o jaculatorias, y otros actos de amor y de desagravio, y acciones de gracias, que se entremezclen con el desgranarse de la vida ordinaria.

San Josemaría valoró hondamente las oraciones vocales. Y así leemos en *Caminos*: “«Domine, doce nos orare» –¡Señor, enséñanos a orar! –Y el Señor respondió: cuando os pongáis a orar, habéis de decir:

«Pater noster, qui es in coelis...» –Padre nuestro, que estás en los cielos... ¡Cómo no hemos de tener en mucho la oración vocal!” (C, 84). Alegaba también su experiencia personal: “Empezamos con oraciones vocales, que muchos hemos repetido de niños: son frases ardientes y sencillas, enderezadas a Dios y a su Madre, que es Madre nuestra. (...) Primero una jaculatoria, y luego otra, y otra..., hasta que parece insuficiente ese fervor, porque las palabras resultan pobres...: y se deja paso a la intimidad divina, en un mirar a Dios sin cansancio y sin cansancio” (AD, 296).

Recalcaba a la vez que la oración vocal implica participación personal, atención a lo que se dice y a quién va dirigido (cfr. C, 85); en diálogo “de tú a Tú, con Nuestro Padre Dios”, ya que “la auténtica oración vocal jamás supone anonimato” (AD, 145). Más aún, enseñaba que puede llevar a la oración contemplativa; así lo hacía en un texto referido al Rosario, pero que tiene validez universal: “la oración vocal ha de enraizarse en el corazón, de modo que, durante el rezo del Rosario, la mente pueda adentrarse en la contemplación de cada uno de los misterios” (S, 477; cfr. SRECH, p. 78).

Rezó y recomendó, junto a los salmos y a los textos provenientes de la liturgia, a los que ya nos hemos referido, las oraciones vocales más arraigadas en la tradición de la fe de la Iglesia. Las describe como “fórmulas divinas”, mencionando a continuación las que tienen su origen en el Evangelio –*Padre Nuestro...*, *Dios te salve, María...*, *Gloria al Padre*, y *al Hijo y al Espíritu Santo*–, y “esa corona de alabanzas a Dios y a Nuestra Madre que es el Santo Rosario, y tantas, tantas otras aclamaciones llenas de piedad que nuestros hermanos cristianos han recitado desde el principio” (AD, 248). *Santo Rosario* y *Via Crucis* están, de hecho, escritos para ayudar a recogerse en oración (cfr. SRECH, p. 125; DEL PORTILLO, VC, Prólogo).

Entre tantas oraciones que recomiendan, incluye también la comunión espiritual –repetió durante toda su vida la fórmula que había aprendido con motivo de su primera Comunión–, los actos de contrición –“¡cuantos más, mejor!” solía decir (S, 480; cfr. ECP, 131; AD, 17; F, 384)–, el *Credo*, y todas aquellas “que han nacido de la pasión de un corazón enamorado, como tantas antífonas marianas: *Sub tuum præsidium...*, *Memorare...*, *Salve Regina...*” (ECP, 119). Animaba a los padres a rezar algunas oraciones en familia, ya que esa práctica contribuye a “dar una formación cristiana auténtica a los hijos” (CONV, 103).

Las oraciones jaculatorias ocuparon un lugar importante en la vida espiritual de san Josemaría. Superan el centenar las que rezó a lo largo de su vida, según las circunstancias, sacadas de la Biblia, de la liturgia, de las oraciones que había aprendido de niño, compuestas por él como fruto de su meditación... Mencionemos, entre sus preferidas, la confesión de Pedro, “*Domine, tu omnia nosti, tu scis quia amate*” (Jn 21, 17 [Vg]), utilizada “no sólo como acto de amor, sino también de contrición” (DEL PORTILLO, 1995⁸, p. 164); las dirigidas a la Virgen María, “*Monstra te esse matrem*”, sacada del himno *Ave maris Stella*, y “*Mater pulchrae dilectionis, filios tuos adiuvans*”; y las exclamaciones “*Domine, ut sit!*”, “*Domina, ut sit!*”, forjadas por el mismo san Josemaría en los años que precedieron al 2 de octubre de 1928, como expresión del deseo de que llegara la realización del designio que el Señor le hacía presagiar. A esas oraciones se añadían muchas improvisadas, que brotaban espontáneamente de su alma, como por ejemplo: “Jesús, te amo”, “Madre mía” u otras invocaciones que no son fórmulas establecidas. “Yo sé de una jaculatoria que le decía un alma, un hombre recio y fuerte: parece una grosería, pero no lo es. Pues le decía durante un día entero: ¡Señor, estoy hasta las narices! Y ése es un modo colosal de hablar con Dios” (Apuntes tomados de una tertulia, 31-X-1972: AGP, P04 1972, I, p. 244).

b) *Toda la vida debe llegar a ser oración*

Oración mental, oraciones vocales, jaculatorias han de llevar a todo cristiano, plenamente metido en la sociedad, en el trabajo, en los diversos quehaceres de la vida ordinaria, a “estar al mismo tiempo metido totalmente en Dios, porque es hijo de Dios” (ECP, 65): “alma de oración ¡siempre!, en cualquier ocasión y en las circunstancias más dispares, porque Dios no nos abandona nunca” (AD, 247). El ejemplo de Cristo es claro: “el espíritu de oración que anima la vida entera de Jesucristo entre los hombres, nos enseña que todas las obras –grandes y pequeñas– han de ir precedidas, acompañadas y seguidas de oración” (F, 441). Mirando al Señor, el cristiano sabe que cada jornada se puede convertir “en una sola íntima y confiada conversación”: “oración constante, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana” (AD, 247), en todas las circunstancias, felices o no, pues conviene “no perder jamás el punto de mira sobrenatural” (AD, 247). Viviendo de fe, esperanza y caridad, y bajo el impulso de la acción del Espíritu Santo, de ordinario no llamativa pero eficaz, “brotarán de tu alma más actos de amor, jaculatorias, acciones de gracias, actos de desagravio, comuniones espirituales. Y esto, mientras atiendes tus obligaciones: al descolgar el teléfono, al subir a un medio de transporte, al cerrar o abrir una puerta, al pasar ante una iglesia, al comenzar una nueva tarea, al realizarla y al concluirarla; todo lo referirás a tu Padre Dios” (AD, 149). De este modo, la oración lleva a estar en el mundo con “la libertad de los hijos de Dios” (AD, 297; cfr. Rm 8, 21): “Dejamos de ser esclavos, con la oración. Nos sentimos y somos libres, volando en un epitalamio de alma encariñada, en una canción de amor, hacia ¡la unión con Dios! Un nuevo modo de existir en la tierra, un modo divino, sobrenatural, maravilloso” (Apuntes tomados de una meditación, 26-XI-1967: BURKHART - LÓPEZ, II, 2011, p. 241).

Toda la vida del cristiano debe llegar a ser oración, sin apartarse del mundo, sino

amándolo en Dios, siendo “contemplativos en medio del mundo”, con el deseo de cumplir su voluntad y de manifestar con las obras un amor y un espíritu de servicio llamados a transformar el mundo. “Ésta ha de ser la vida de muchos cristianos, cada uno yendo adelante por su propia vía espiritual –son infinitas–, en medio de los afanes del mundo, aunque ni siquiera hayan caído en la cuenta”; con “una oración y una conducta que no nos apartan de nuestras actividades ordinarias, que en medio de ese afán noblemente terreno nos conducen al Señor. Al elevar todo ese quehacer a Dios, la criatura diviniza el mundo” (AD, 308). Pues, como comentaba el cardenal Ratzinger en un artículo publicado con ocasión de la canonización de san Josemaría (*L'Osservatore Romano*, 6-X-2002), al hablar con Dios “como un amigo habla con un amigo” (Ex 33, 11), el hombre “abre las puertas del mundo para que Dios pueda hacerse presente, y obrar y transformarlo todo”.

Voces relacionadas: Acciones de gracias; Contemplación; Contemplativos en medio del mundo; Desagravio; Jaculatorias; Mística; Presencia de Dios.

Bibliografía: CECH, *passim*; SRECH, *passim*; CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Cart. *Orationis formas* a los obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la meditación cristiana (15-X-1989), AAS, 82 (1990), pp. 362-379; Manuel BELDA, *Guiados por el Espíritu de Dios. Curso de Teología Espiritual*, Madrid, Palabra, 2006; André DE BOVIS - Jean CHÂTILLON - Gervais DUMEIGE - Pierre GRELOT - André MÉHAT - Aimé SOLIGNAC, “Prière”, en DSp, XII-2, cols. 2217-2328; Ernst BURKHART - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, I-III, Madrid, Rialp, 2010-2013; Guillaume DERVILLE, *15 días con Josemaría Escrivá*, Madrid, Ciudad Nueva, 2002; Javier ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría*, Madrid, Rialp, 2000; Id., *Para servir a la Iglesia. Homilias sobre el sacerdocio*, Madrid, Rialp, 2001; Id., “Sobre la oración”, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 43

(2006), pp. 212-217; Vicente HUERTA SOLÁ, *Alas para volar. San Josemaría Escrivá, Maestro de oración*, Burgos, Monte Carmelo, 2006; José Luis ILLANES, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, Madrid, Palabra, 2001¹⁰ rev. y act.; Id., *Tratado de Teología Espiritual*, Pamplona, EUNSA, 2011³; Fernando OCÁRIZ, *Naturaleza, gracia y gloria*, Pamplona, EUNSA, 2000; Álvaro DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1995⁹.

Guillaume DERVILLE

ORDENACIÓN SACERDOTAL DE SAN JOSEMARÍA

1. Hacia la ordenación sacerdotal.
2. La ordenación sacerdotal.
3. Compañeros de ordenación.
4. Primera misa y primeros encargos sacerdotales.
5. Las bodas de oro sacerdotales.

San Josemaría fue ordenado sacerdote el 28 de marzo de 1925. Ese año había sido declarado Año Santo en la Iglesia y fueron canonizados san Juan María Vianney y santa Teresa del Niño Jesús. Según las estadísticas, la diócesis de Zaragoza contaba entonces con 14 arciprestazgos, 368 parroquias, 171 coadjutorías, 480.426 habitantes, 812 sacerdotes, 19 comunidades de religiosos y 81 de religiosas. Estaba todavía gobernada por el vicario capitular José Pellicer, pues don Rigoberto Doménech Valls, que había sido preconizado arzobispo en el consistorio de 16 de diciembre de 1924, no hizo su entrada solemne hasta el 17 de mayo. El obispo auxiliar Miguel de los Santos Díaz de Gómara, preconizado para Osma, aún no había tomado posesión de su nueva sede.

1. Hacia la ordenación sacerdotal

La ordenación sacerdotal fue el final de su etapa en el Seminario de San Francisco de Paula, uno de los dos existentes en la diócesis de Zaragoza. Había ingresado allí en 1920, procedente de Logroño, la ciudad

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.